

## EL ARTE DE OLVIDAR: UN ACERCAMIENTO DESDE EL PSICOANÁLISIS<sup>1</sup>

*The art of forgetting:  
An approach from psychoanalysis*

*Carolina Venegas Quesada\**

---

**Resumen:** El presente texto aborda dos de las principales perspectivas desde las que se trabaja en el psicoanálisis, el tema del olvido. La primera, desde una óptica más tradicional, en donde el olvido toca aspectos como la repetición, la compulsión a la repetición y la rememoración; y la segunda perspectiva, que atiende a la propuesta de Allouch (1999), quien afirma que el psicoanálisis en lugar de traer al presente aquello que no ha podido olvidarse, debería posibilitar el olvido de aquello que ocasiona angustia en la persona. Como síntesis de ambas propuestas, se esboza la posibilidad de hacer del olvido un arte, tal y como Fromm (1977) planteó el amar como un arte.

**Palabras clave:** Arte, Erotología, Historia, Memoria, Olvido, Pasaje, Psicoanálisis, Rememoración, Repetición.

**Resumen:** This paper addresses two major perspectives in psychoanalysis about the subject of forgetting. The first, more traditional, where *oblivion* touches on aspects such as repetition, the repetition compulsion and remembrance, and the second perspective, which serves the proposed Allouch (1999), who argues that psychoanalysis instead of bringing this thing that has not been forgotten, should allow the neglect of that which causes the person distress. As synthesis of both proposals, outlined the possibility of making an art of forgetting, as Fromm (1977) raised the love as an art.

**Key Words:** Art, erotology, History, Memory, Oblivion, Passage, Psychoanalysis, Remembrance, Repeat.

---

1 Este artículo se realizó como parte del Módulo Psicología de la Salud II del año 2006, bajo la supervisión de la psicoanalista Rocío Murillo.

\* Estudiante de psicología, Universidad de Costa Rica. **E-mail:** [carolvg@yahoo.com](mailto:carolvg@yahoo.com)  
Recepción: 21/02/2007 Aceptación: 26/5/2007

*Se suele decir que las dos funciones cumbre  
de la mente son la creatividad y la imaginación,  
pero, para mí, la suprema es el olvido.  
Rodolfo Arias, 2006.*

En su columna *Tinta Fresca* (2006), Rodolfo Arias relata la historia de Kim Peek, un hombre de 54 años que desde sus 18 meses, se ha dedicado a memorizar libros, llegando actualmente, a tener almacenados en su mente, más de 9000 tomos.

Más adelante, Arias (2006) explica que esta cualidad tan inusual le ha costado su capacidad de abstracción y por lo tanto, Kim Peek "lo ve" todo directamente en su cabeza, sin ningún tipo de filtro; su capacidad de recordar sin límite implica que no pueda olvidar, ni metaforizar, ni intuir. El Sr. Peek tampoco es capaz de realizar otras actividades, tales como abotonarse la camisa, caminar adecuadamente, y resolver las tareas diarias más simples.

Si imagináramos a un pequeño Sr. Peek adentro de nosotros, éste se encargaría de lo que en el psicoanálisis, se llama repetición. La repetición es, según Acosta (2004), una compulsión a actuar aquello que no ha podido ser olvidado, aquello que se guarda en el inconsciente y que tiene que ver con recuerdos que son dolorosos para esa persona. Sería pues, un Sr. Peek que recita sin descanso esos pasajes difíciles de nuestras vidas que por alguna razón, no podemos olvidar aún.

El tema del olvido es uno de los aspectos más interesantes de los que se puede ocupar la psicología. Muchas de las intervenciones psicoterapéuticas apuntan precisamente sobre este asunto, y de una u otra manera, tratan de que las personas que presentan algún tipo de angustia, puedan explorarla durante la intervención, para al final resolverla y seguir con sus vidas, o en palabras más sencillas, para que puedan olvidar la cuestión que les causaba tantos problemas.

Por su parte, el psicoanálisis ha abordado esta temática desde dos vertientes; una de ellas más tradicional y la otra, propuesta por Allouch (1999), quien llega a plantear la tarea del psicoanálisis como una erotología del pasaje, en donde se permita un verdadero olvido de aquello que no ha podido ser olvidado.

Comenzando a explorar la posición más tradicional, se cuenta con que el olvido se puede entender desde dos puntos de vista: la repetición, que atiende a una compulsión de muerte; y la rememoración, tarea del trabajo analítico.

De esta manera, la repetición podría entenderse como esa incapacidad de recordar los pasajes dolorosos de nuestras vidas tal cuales, por lo que son traducidos o expresados por medio de actos que parecen no tener relación directa con el origen de esa angustia. Así, sería como si el pequeño Sr. Peek continuamente recitara párrafos que para nosotros no tienen un sentido aparente, pero que de igual manera, llevamos a escena. Esta parece ser la posición de quien inicia un análisis, así como el lugar del síntoma dentro del trabajo analítico:

Podemos decir que el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace... Repite todo cuanto desde las fuentes de su reprimido ya se ha abierto paso hasta su ser manifiesto: sus inhibiciones y actitudes inviables, sus rasgos patológicos de carácter. Y además, durante el tratamiento repite todos sus síntomas. (Acosta, 2004).

Sobre esta repetición, interviene el analista y con su trabajo, permitirá que esta reproducción burda e incesante se transforme en rememoración, que se podría denominar como un segundo *impasse* en ese proceso de análisis.

Así, según Acosta (2004), la rememoración es diferente de la repetición, en tanto la primera tiene que ver con el trabajo analítico; mientras que repetir es, como se apuntó anteriormente, una compulsión que atiende a cuestiones del goce y la pulsión de muerte. Por lo tanto, la rememoración es un camino de restitución de la historia del sujeto, lo que para Lacan, tiene que ver con la memoria simbólica.

Pero no se trata aquí de recordar simplemente aquello que causaba dolor, no sería suficiente con entender lo que el pequeño Sr. Peek está diciéndonos y que en principio no alcanzábamos a comprender, sino que la rememoración implica darle un sentido a ese pasado desde el presente, o como Acosta (2004) lo afirma, es resignificarlo de manera retroactiva, para que el sujeto realice una historia propia de ese pasado que una vez se vivió como ajeno a sí mismo.

Si por alguna razón este pasaje no puede darse y el pequeño Sr. Peek en todos nosotros no alcanza a rememorarse, y por lo tanto, no llegamos a historizarnos, caeríamos en la melancolía, en una "persistencia de la memoria sobre eso perdido" (Acosta, 2004), que deja a quien la padece como un fantasma entre dos mundos: el pasado que no puede dejar ir, y el presente que no puede habitar del todo. Por lo tanto:

Así como el acto reemplaza el recuerdo, la melancolía reemplaza al duelo, las consecuencias de esta operación sería el no permitirse el paso que va de la repetición al recuerdo –rememoración (Acosta, 2004).

La melancolía podría bien ser la maldición del Sr. Peek, puesto que ella misma encarna la incapacidad de olvidar. Así, el Sr. Peek, sumido en la melancolía del recuerdo, nunca pudo aprender el arte del olvido. De la misma manera, los pequeños Sr. Peek en nosotros, andan por ahí repitiendo compulsivamente actos fallidos, por no poder olvidar aquello que bien merece ser olvidado.

Ese arte de olvidar merece ser llamado como tal, en tanto implica una facultad y no un objeto que se adquiere y luego se vuelve a perder. En ese sentido, si Fromm (1977) habla del arte de amar, ¿acaso no podría hablarse también del arte de olvidar? Ambas cuestiones son, a fin de cuentas, fundamentales en nuestras vidas.

En cuanto al arte de amar, Fromm (1977) dice que el error está en

La suposición de que el problema del amor es el de un objeto y no de una facultad. La gente cree que amar es sencillo y lo difícil es encontrar un objeto apropiado para amar, o para ser amado por él. (Fromm, p.12).

En esa misma línea, así como con el amar, las personas podrían pasar su vida esperando adquirir ese objeto-olvido en lugar de aprender, como con cualquier arte, a olvidar. Asimismo, podría ser que el sujeto se aferre a aquello que debería ser olvidado, porque cree que vale la pena mantenerlo en la memoria, aunque aquello le ocasione tanto daño. Esta, sin embargo, no parece ser la mejor opción.

Bien lo apuntaba Arias (2006) cuando sostenía que la función suprema de la mente debía ser la del olvido, y según Allouch (1999), es precisamente de esta destreza, de lo que se debería ocupar el psicoanálisis: "Psicoanalizar es hacer posible el olvido (...) el análisis deberá pues producir un olvido, aunque distinto del que había sido intentado primitivamente y en vano" (Allouch, 1999, p.7).

Según Allouch (1999), el psicoanálisis debería producir un olvido, en tanto la melancolía y la repetición son no-olvidos que sumen a la persona en una ominosa reproducción de actos inconscientes. Al respecto, Allouch dice lo siguiente:

Partiendo de ese no-olvido, paradójicamente, se quiso orientar el psicoanálisis hacia la búsqueda de lo olvidado –la anamnesis– cuando se trataba de olvidar lo que no había podido ser olvidado. No menos paradójicamente, se ha querido descubrir la verdad gracias al análisis cuando se la tenía allí, articulada en el síntoma. (Allouch, 1999, p.7).

Desde esta perspectiva, el Sr. Peek podría estar ante la cura para su maldición, ante la solución para que pueda olvidar los miles y miles de tomos que lo tienen atrofiado, esto claro, en el caso de que así lo quisiera. O volviendo al pequeño Sr. Peek, si supiéramos que hay alguna manera para que dejara de atormentarnos con su recital absurdo de pasajes, ¿acaso no lo aceptaríamos inmediatamente?

Por lo tanto el asunto en cuestión es volvernó artistas del olvido, pero no de un olvido cualquiera, no se trata de ese olvido movido por la represión, que bien lo llama Allouch (1999) como un *no-olvido*. La cuestión es olvidar-olvidando, es llegar a la *léthe-thanatos* que significa el punto del no retorno, como dice el mismo autor, porque el mismo retorno ha sido olvidado. Y en esto, la memoria juega un papel clave:

El olvido es necesario, pero no por eso hay que rechazar la memoria, hay que saber hacer algo con él, para que pueda aportar a la memoria lo necesario para que el presente pueda seguir su camino hacia el futuro. (Acosta, 2004).

En el arte del olvido, no se trata de borrarle la memoria a los pequeños Sr. Peek de nuestras vidas, como si fueran procesadores de computadora; esto

equivaldría a que ellos no supieran la razón por la cuál están atrofiados y no pueden caminar derechos. Se trata más bien, de que retomen esa palabra loca de párrafos azarosos, esa "palabra que el análisis rescata, transforma la memoria en recuerdo; una vez allí, y paradójicamente, debemos olvidar" (Rona, 2000). Es decir, que construyan una historia, para luego dejarla ir.

Olvidar implica recordar, historizarse, significar al pasado desde el presente; y una vez hecho esto, poder abandonarlo todo y llegar a ese punto cero que implica olvidar que hemos olvidado algo.

Sería como si el Sr. Peek lograra darle un significado a toda esa vida de memorización, a cada una de sus atrofias, a sus incapacidades y a sus maravillosos dones. Y luego, simplemente, dejara partir las palabras que se encuentran en cada una de las hojas de esos 9000 tomos almacenados en su mente, hasta que ésta quedara límpida como queda el ambiente luego de un torrencial aguacero.

En todo esto, la tarea del analista parece ser la de dejar el espacio para que acontezca esa erotología de pasaje. Esto, demandaría "situar el análisis no como técnica de confesión sino como erotología de pasaje. *Erotología de pasaje*, tal y como parece ser en efecto el modo de olvido exigible en el campo freudiano" (Allouch, 1999, p.9).

Dentro de esta erotología, el vínculo que se establece entre analizante y analista, es el que permite la *léthe-thanatos* de la que habla Allouch, por lo tanto, este vínculo es un "vínculo erótico que abre el analizante al olvido, incluso al olvido de ese mismo vínculo" (Allouch, 1999, p.8)

Por esto, el olvido parece estar íntimamente ligado al amor, no en vano, Allouch (1999) ha llamado a los modos de olvidar en el psicoanálisis, una *erotología de pasaje*. Por consiguiente, si nos ocupamos por aprender a amar, más valdría también ocuparnos de aprender a olvidar.

A modo de cierre, queda abierta una invitación a adentrarse aún más en el arte de olvidar. Esta parece no demandar pasos, ni etapas, ni estadios. Más bien, el arte de olvidar parece apuntarse como una ética expresada en ese vínculo analítico, que a su vez, permite el ejercicio de esa facultad de olvidar.

El arte de olvidar podría verse también como una expresión del cuidado de sí que Foucault (1996) rescataba, como una manera de aproximarnos cada vez más, a modos de vida más acordes a nosotros mismos. Es, a fin de cuentas, una estética de la existencia, en donde nosotros, como obras de arte, nos vamos creando conforme vamos descubriéndonos, y por qué no, olvidándonos también.

## Bibliografía consultada

Acosta, J. (2004). El perdón difícil: ni fácil ni imposible. *Acheronta, Revista de Psicoanálisis y Cultura*. Disponible en [www.acheronta.com](http://www.acheronta.com).

Allouch, J. (1999). *El sexo de la verdad. Erotología analítica II*. Argentina: Cuadernos de Litoral.

Arias, R. (2006). "Gracias, olvido y risa". En Tinta Fresca. *La Nación*.

Cruglak, C. (1997). Bleu. La textura del objeto perdido. *Acheronta, Revista de Psicoanálisis y Cultura*. Disponible en [www.acheronta.com](http://www.acheronta.com).

Foucault, M. (1996). *Hermenéutica del sujeto*. Argentina: Altamira.

Fromm, E. (1977). *El arte de amar. Una investigación sobre la naturaleza del amor*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Rona, D. (2000). El olvido, conmemoración de la memoria. *Acheronta, Revista de Psicoanálisis y Cultura*. Disponible en [www.acheronta.com](http://www.acheronta.com).



Este obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-  
NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.